

COOPERAR CON EL MINISTERIO CELESTIAL DEL CRISTO ASCENDIDO

(Sábado: sesión de la noche)

Mensaje seis

Responder a la intercesión de Cristo en Su ministerio celestial

Lectura bíblica: He. 7:25-26; Ro. 8:26-27, 34; Col. 1:9-11; 4:12

I. Cristo como el Sumo Sacerdote real y divino intercede por nosotros—He. 7:25-26:

- A. Cristo ha sido constituido como nuestro Sumo Sacerdote según el poder de una vida indestructible (v. 16), que no puede ser disuelta; esta vida no tiene fin, ya que es la vida eterna, divina e increada y es la vida de resurrección que pasó por la prueba de la muerte y del Hades (Hch. 2:24; Ap. 1:18).
- B. Debido a que Cristo vive para siempre y es inmutable, Él puede salvarnos por completo en cuanto a la extensión de dicha salvación, así como en cuanto al tiempo y el espacio—He. 7:24-25.
- C. En Hebreos 7:25 la expresión *por completo* significa “íntegramente, enteramente, perfectamente, hasta el fin y por la eternidad”; esto indica que Cristo como nuestro Sumo Sacerdote puede salvarnos al máximo, es decir, puede salvarnos en toda clase de situación y condición.
- D. Cristo puede salvarnos por completo debido a que Él está intercediendo por nosotros; Él es nuestro Intercesor perpetuo, constante y eterno—vs. 25-26:
 1. Dios lo ha designado a Él para que cuide de nosotros, y ahora Él nos cuida al interceder por nosotros; Él ahora intercede por nosotros y nos salvará por completo.
 2. Él se presenta delante de Dios en favor nuestro, orando para que podamos ser salvos íntegramente y seamos plenamente introducidos en el propósito eterno de Dios—9:24; Ef. 3:11; 2 Ti. 1:9.
 3. Cristo intercede por nosotros constantemente y, con el tiempo, Su intercesión habrá de vencernos, subyugarnos y salvarnos; todos hemos de ser completamente salvos por Su intercesión; Su salvación se extiende al máximo.
 4. Debemos creer que Cristo siempre intercede por nosotros, y debemos acercarnos a Dios por Él—He. 7:25.
 5. Cristo puede salvarnos por completo debido a que Él vive no solamente en los cielos, sino también dentro de nosotros—Col. 3:1; 1:27; Ro. 8:34, 10:
 - a. Al mismo tiempo que Él vive en los cielos, Él se transmite a nuestro ser—Ef. 1:22-23.
 - b. Él vive en los cielos para interceder por nosotros y cuidar de nuestro caso, pero la realidad de todo esto es transmitida a nuestro espíritu por Su Espíritu.
 - c. Debemos aprender a ver esta visión celestial y disfrutar a nuestro Sumo Sacerdote; entonces recibiremos misericordia y hallaremos gracia en el trono de la gracia para el oportuno socorro—He. 4:14-16.

II. En Romanos 8 Cristo intercede por nosotros a la diestra de Dios, y el Espíritu intercede por nosotros en nuestro espíritu—vs. 34, 26-27:

- A. Cristo murió por nosotros, Él fue resucitado y ahora Él está en los cielos a la diestra de Dios, intercediendo por nosotros—v. 34:
 - 1. En la actualidad, nuestro Cristo está en el cielo más elevado con la posición más alta a la diestra de Dios—He. 8:1.
 - 2. Cristo intercede con miras a nuestra glorificación; esto corresponde a la intercesión que Él efectúa a fin de que seamos salvos por completo—7:25-26.
 - 3. Cristo, el Dios-hombre consumado y ascendido y la Cabeza del Cuerpo, intercede por nosotros para que nosotros, los muchos Dios-hombres, podamos vencer la oposición y todo tipo de circunstancias, y seamos guardados en unión con Él en Su amor incondicional con miras a que seamos hechos conformes a Su imagen como Hijo primogénito de Dios y, de ese modo, lleguemos a ser Su reproducción a fin de constituir el Cuerpo corporativo y orgánico de Cristo—Ro. 8:29, 34-39; 12:4-5.
- B. “De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”—8:26:
 - 1. La debilidad aquí es nuestra ignorancia con respecto a cómo debemos orar; no sabemos qué clase de oración quiere Dios, y no entendemos claramente cómo orar.
 - 2. Al gemir nosotros, el Espíritu también gime intercediendo por nosotros; Él intercede en nuestro favor principalmente para que tengamos la experiencia de ser transformados en vida con miras a crecer en vida hasta alcanzar la madurez propia de la filiación, a fin de que seamos totalmente conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios—12:2; 8:29.
- C. “El que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a Dios intercede por los santos”—v. 27:
 - 1. La intención [lit., mente] del Espíritu mencionada aquí no se refiere a la mente del Espíritu como algo independiente de nosotros, sino a la mente del Espíritu como algo mezclado con nuestra mente que ha llegado a ser parte de nuestro corazón—v. 6.
 - 2. El Espíritu no sólo se ha mezclado con nuestro espíritu (v. 16); Él también ha mezclado Su mente con la nuestra.
 - 3. El Espíritu que escudriña ora por nosotros conforme a Dios mismo, a fin de que seamos conformados a la imagen de Su Hijo—v. 29.

III. Necesitamos responder a la intercesión de Cristo en Su ministerio celestial—He. 7:25-26; Ro. 8:34; Hch. 12:5; Col. 1:9-11; 4:12:

- A. La intercesión de Cristo requiere nuestra respuesta; necesitamos participar en la vida de intercesión de Cristo y llegar a ser el reflejo en la tierra de la intercesión de Cristo en Su ministerio celestial, al nosotros orar las oraciones propias del Cristo que intercede—Ro. 8:26-27, 34; 1 Ti. 2:1; Col. 4:3; 1 Ts. 5:25; 2 Ts. 3:1; He. 13:18.
- B. Mediante nuestra oración le damos a Cristo, la Cabeza, una vía por la cual llevar a cabo Su administración por medio de Su Cuerpo—Ap. 5:6; 8:3-5; Ef. 1:10, 17-23.

- C. En Hechos 12 tenemos la oración de intercesión por parte de la iglesia, y en Colosenses 1:9-11 y 4:12 tenemos las oraciones de intercesión de Pablo y Epafras:
1. Cuando Pedro estaba en la cárcel, “la iglesia hacía ferviente oración a Dios por él”—Hch. 12:5:
 - a. Detrás de la escena se libraba una batalla entre fuerzas espirituales, una batalla entre Dios y Su enemigo, Satanás—vs. 4-6.
 - b. Por medio de la oración, la iglesia libró esta batalla junto con Dios en contra de Satanás, el maligno—vs. 5-23.
 2. Pablo oró para que los santos fuesen “llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría y entendimiento espirituales”—Col. 1:9:
 - a. Aquí la voluntad de Dios se refiere al Cristo todo-inclusivo como nuestra porción—v. 12.
 - b. La voluntad de Dios es profunda con relación a que nosotros conozcamos, experimentemos y vivamos al Cristo todo-inclusivo; la voluntad de Dios para nosotros es que conozcamos a Cristo, experimentemos a Cristo, disfrutemos a Cristo, vivamos a Cristo y que Cristo llegue a ser nuestra vida y persona—Fil. 3:7-10; 1:21a; Col. 3:4; Ef. 3:17a.
 3. Epafras combatió por los santos en sus oraciones, para que estuviesen firmes, perfectos y plenamente seguros en toda la voluntad de Dios—Col. 4:12.
- D. La posición que corresponde a la oración es la ascensión, es decir, una posición celestial—Ef. 1:3; 2:6:
1. Si abandonamos la posición celestial, perdemos la posición que corresponde a la oración.
 2. La posición que corresponde a la oración trae consigo la autoridad de la oración; tal y como la posición que corresponde a la oración es la ascensión, la autoridad de la oración también es la ascensión—Mt. 17:20; 18:18-19.
 3. Cuando tenemos la posición y la autoridad celestiales, nuestras oraciones llegan a ser la administración de Dios, es decir, la realización de la voluntad de Dios—6:10; Ef. 2:6; 6:18.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

CRISTO PUEDE SALVAR POR COMPLETO DEBIDO A QUE ÉL VIVE PARA SIEMPRE A FIN DE INTERCEDER POR ELLOS

Cristo puede salvarnos debido a que intercede por nosotros (He. 7:25b). Cristo, como nuestro Sumo Sacerdote, se encarga de nuestro caso al interceder por nosotros. Él se presenta delante de Dios en nuestro favor, orando por nosotros para que podamos ser salvos e introducidos completamente en el propósito eterno de Dios. Debemos simplemente descansar en Su intercesión, confiar en ella y disfrutarla. Pueden tener la certeza que nuestro divino Sumo Sacerdote intercede de continuo por nosotros. Muchas veces hemos sido salvos por Su intercesión. Tenemos un Intercesor perpetuo, constante y eterno.

Nuestro divino Sumo Sacerdote intercede por nosotros constantemente, pues Él sabe cuán fácilmente caemos y, una vez hemos caído, sabe que tenemos la tendencia a permanecer en tal condición caída. Pero tarde o temprano Su intercesión nos vencerá, nos subyugará y nos salvará. Todos nosotros seremos completamente subyugados y salvos por Su intercesión. Dios

lo designó a Él para que cuidase de nosotros, y ahora Él cuida de nosotros al interceder por nosotros. Aunque nosotros podríamos olvidar que hemos invocado Su nombre, Él jamás lo olvidará. Él intercede por nosotros y nos salvará por completo.

Puesto que tenemos tal Sumo Sacerdote que intercede por nosotros, debemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (4:16). Debemos continuar acercándonos a Dios. Por la mañana y al anochecer, de día y de noche, debemos acercarnos a Él diciéndole: “Estoy abierto a Ti. Tú eres rico. Te necesito. Quiero permanecer abierto a Ti todo el tiempo”. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 3962-3963)

EL SACERDOCIO CELESTIAL DE CRISTO

Como probablemente ya saben, la Biblia dice que Cristo tiene tres oficios: profeta, sacerdote y rey. En Su primera venida, Cristo vino principalmente como Profeta, según se predijo en Deuteronomio 18:15 y 18. En Su ministerio terrenal, Él habló por Dios, proclamó a Dios, enseñó a Sus discípulos y profetizó. Éste fue el papel que Él desempeñó como profeta. Luego, en la última parte de Su ministerio terrenal, Él comenzó a ofrecerse a Sí mismo a Dios hasta que finalmente en la cruz Él se ofreció como la realidad de todos los sacrificios a Dios en lugar nuestro. Así, Él cumplió Su función como sacerdote. Y desde ese punto en adelante, ésta ha sido Su función.

EL SACERDOCIO TERRENAL HA SIDO LLEVADO A CABO

En los tiempos levíticos, los sacerdotes realizaban dos clases de trabajo. El primero consistía en ofrecer sacrificios a Dios en el atrio, alrededor del altar. Una vez que las ofrendas eran presentadas, los sacerdotes entraban al Lugar Santo. El sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo. Allí, en nombre de Su pueblo, él ministraba a Dios.

La primera obra sacerdotal representa el sacerdocio terrenal de Cristo; la segunda, Su sacerdocio celestial. Cuando Cristo se ofreció a Dios en la cruz por nosotros, Él era un sacerdote que ofrecía sobre la tierra en el atrio. Posteriormente, después de Su resurrección, Él entró en el tercer cielo, el cual equivale al Lugar Santísimo. Allí, Él continúa sirviendo como un sacerdote celestial. Ahora estudiaremos este segundo aspecto de Su sacerdocio.

La función principal de Cristo hoy en día es llevar a cabo dicho sacerdocio en los cielos. Éste es un tema muy vasto. El libro de Hebreos aborda este asunto de una manera exhaustiva. Debido a que en este mensaje estamos limitados por el tiempo, les recomiendo que lean los mensajes del Estudio-vida de Hebreos que tratan sobre este asunto (principalmente los mensajes 13, 27, 28, 31, 32, 33 y 35).

NUESTRO SACERDOTE ES TANTO HUMANO COMO DIVINO

A fin de que Cristo pudiera ser un sacerdote, Él tenía que ser un hombre (He. 2:16-17). El sumo sacerdote era “tomado de entre los hombres” (5:1). Si éste hubiera sido un ángel, no habría entendido los problemas humanos. Debido a que se escogía el sacerdote de entre los hombres, él podía compadecerse de las debilidades humanas. Hoy, nuestro Sumo Sacerdote, Jesucristo, es un hombre. Él ha participado de nuestra misma naturaleza. Él ha participado de sangre y carne. Él fue hecho igual a nosotros en todas las cosas; Él comía y bebía. Incluso algunas veces lloró. Él derramó lágrimas frente al sepulcro de Lázaro (Jn. 11:35); además, lloró sobre Jerusalén al final de Su ministerio terrenal (Lc. 19:41); y, en otra ocasión, oró “con gran clamor y lágrimas” (He. 5:7), en el huerto de Getsemaní. Aun en la actualidad, Él es un hombre, a saber, un hombre en la gloria. “No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda

compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado” (4:15). Debido a que Él conoce por completo todas nuestras debilidades y problemas, Él se compadece de nosotros. Este hombre es nuestro Sumo Sacerdote.

Nuestro Sumo Sacerdote también es Dios. Debido a que Él es humano, puede compadecerse de nosotros; pero como también es divino, puede cuidarnos. En el Antiguo Testamento, el sumo sacerdote Aarón podía compadecerse de las personas, pero debido a que él no era divino, muchas veces no podía ayudarles. Sin embargo, nuestro Sumo Sacerdote no fue designado según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec (5:6, 10: 6:20). En Génesis no se presenta la genealogía de Melquisedec (14:18-20; He. 7:3); esto se debe a que él era un tipo apropiado del Cristo como Aquel que es eterno para ser nuestro Sumo Sacerdote eternamente. Como hombre, Cristo conoce nuestro caso y se compadece de nosotros; como Dios, Él es apto para hacerse cargo de todas nuestras necesidades. ¡Aleluya por este Dios-hombre, quien es nuestro Sumo Sacerdote!

El sacerdocio de Cristo no fue “designado conforme a la ley del mandamiento carnal, sino según el poder de una vida indestructible” (v. 16). Aarón fue designado sumo sacerdote conforme a la impotente letra de la ley, pero Cristo fue designado según el potente elemento de una vida indestructible. Nuestro Sumo Sacerdote está constituido de una vida que nadie puede conquistar, pero que más bien lo conquista todo. Es una vida que no puede ser destruida y una vida capaz de salvarnos por completo. Es la vida sin fin, eterna, divina e increada, es decir, la vida de resurrección, que pasó la prueba de la muerte y el Hades.

En la actualidad, nuestro Sumo Sacerdote está en el Lugar Santísimo sirviendo a Dios a favor de nosotros. Él es nuestro Representante en la corte suprema de los cielos. Él es nuestro Abogado, quien lleva nuestro caso delante de Dios. En verdad, no alcanzamos a comprender todo lo que Cristo está haciendo por nosotros. Aunque Su obra redentora ya se efectuó, Su servicio celestial por nosotros nunca cesa.

INTERCEDE POR NOSOTROS EN NUESTRAS NECESIDADES

¡Cuánto necesitamos al Señor!
Te necesito, oh te necesito;
Te necesito a cada hora.

Hymns, #371

Ciertamente lo necesitamos a cada hora. No sabemos qué puede suceder de una hora a la otra. Podemos decir aleluya o amén en la reunión, pero cuando lleguemos a casa, es posible que nuestro gozo se desvanezca, y en lugar del aleluya y del amén permanezcamos callados y estemos molestos. Quizás haya surgido un problema, o quizás hayamos salido al aire frío y nos hayamos resfriado. Cualquiera que sea el problema, Cristo está allí haciéndose cargo de nuestro caso. Él nos sostiene cuando estamos molestos o enfermos. Su intercesión por nosotros nunca cesa. Su capacidad con respecto al cuidado que nos brinda es ilimitada, debido a que Él es el Dios todopoderoso. Su sacerdocio es un ministerio de intercesión que se lleva a cabo en los cielos, en el Lugar Santísimo, y que se realiza delante de Dios a nuestro favor.

Usualmente no estamos conscientes de Su intercesión, pero en ocasiones sí percibimos que Él nos está cuidando. Quizás hemos estado en medio de una discusión con nuestra esposa, cuando de repente nos quedamos sin palabras. ¿Por qué cesan las palabras de enojo? Antes de que usted fuera salvo, ¿había tenido tal experiencia? En mi caso, la ira podía durar todo el día, e incluso hasta el día siguiente. Pero desde que fui salvo, nunca más he podido enojarme desmedidamente. Hasta donde recuerdo, mi enojo sólo ha durado unos pocos minutos. ¿Cuál es el

caso suyo? ¿Cuánto tiempo permanece usted enojado? No dura mucho tiempo porque Cristo está intercediendo por usted delante del trono de Dios, y Su intercesión siempre es escuchada.

A veces, cuando hay problemas, nos ponemos ansiosos. Antes de haber sido salvos, nuestras preocupaciones eran interminables. Ahora, cada vez que nos sentimos ansiosos, inmediatamente sentimos una sensación tierna y confortante diciéndonos: “¿Por qué no oras? No es necesario que te preocupes”. Cristo ha comenzado a interceder por nosotros, y esta sensación es el efecto que produce. Entonces respondemos: “Gracias, Señor. Tú eres quien sobrelleva mis preocupaciones. Todos mis afanes están en Tus manos”. Tan pronto emitimos unas cuantas palabras, la ansiedad se esfuma. Podemos disfrutarlo. Ésta es la intercesión sacerdotal de Cristo llevada a cabo a nuestro favor. Ésta no tiene fin.

En Romanos 8:34 Pablo pregunta: “¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”. No hay nadie que pueda condenarnos. Cristo, por supuesto, tampoco nos condena; Él murió por nosotros, resucitó, y ahora está en los cielos intercediendo a nuestro favor. Su ministerio celestial consiste en cuidar de nosotros.

Todos hemos tenido experiencias en las cuales nuestro fiel Sumo Sacerdote nos ha brindado Su cuidado. Muchas veces Él nos ha atendido, consolado, fortalecido y aun sostenido. Si tuviéramos tiempo, podríamos escuchar muchos testimonios, uno tras otro, de cómo hemos recibido ayuda, no de forma externa sino proveniente de nuestro interior. La ayuda también procede de los cielos. Hay algo por dentro y algo desde los cielos que nos fortalece, nos sustenta, nos consuela y nos alumbra. Si no fuéramos sostenidos por la intercesión de nuestro Sumo Sacerdote, nos habríamos dado por vencido hace mucho tiempo. Hemos sido preservados, no por nosotros mismos, sino por nuestro Sumo Sacerdote. (*El ministerio celestial de Cristo*, págs. 63-67)